Don José Sebastián Segura se había dedicado á estudiar el hebreo, y quiso desde luego hacer alarde de sus conocimientos, adoptando la siguiente medida:

A los márgenes
Umbríos,
De los ríos
De Babel,
Presos míseros
Llegamos
Y lloramos
Por Salem.

Se le figuraba que remedando el retintín con que su maestro leía los versos del Salterio Hebraico, imitaba perfectamente su ritmo y cadencia con un metro tan poco á propósito para un Salmo tan sublime. En mis diversos viajes á Tierra Santa, al oir á los Judíos leer su Biblia, con cierto sonsonete que hacen más enfático los sollozos, nunca he dejado de acordarme de la traducción de Segura. Hubo otras todavía más raras. Roa quiso hacer la suya más seria y solemne, y se me figura que no fué feliz. Juzgue el lector por la primera estrofa:

«Llorando á orillas del undoso río,
Presos en Babilonia, nos sentamos,
Y nuestras harpas en el bosque umbrío
Al acordarnos de Salem, colgamos.»

¡Ojalá no tenga yo razón!

III.

LAS Musas embellecen cuanto tocan,» ha dicho un poeta griego, y en pocos casos se verifica este aforismo con tanta exactitud como en la leyenda *Diana*. Si la despojamos de las riquísimas galas de la poesía que la cubre y la transforma, no queda sino un esqueleto prosaico y sin atractivo alguno. El argumento es trivial; se reduce á unos amoríos, ó más bien *flirtation* (como dicen los Ingleses) sin fundamento ni constancia, como son tan frecuentes en los vapores y en las fincas de campo. Uno de los *calaveras*, amigos del protagonista, los describe en los siguientes lacónicos versos (parte 3ª):

«¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor.»

El enredo es más cómico de lo que pudiéramos es-

perar: se reduce á un mero lance de carnaval; á una confusión de disfraces, tan común en la vida real y en las comedias. El desenlace es mucho menos trágico de lo que deseáramos. Los personajes *en sí*, resultan poco simpáticos. Pero, en cambio, ¡qué poesía tan rica, qué galanura de dicción, qué descripciones, qué arrebatos, qué sublimidad!

Desaparece bajo los atildados versos la trivialidad del argumento, los personajes se vuelven amables ó por lo menos interesantes, la heroína se convierte en verdadera divinidad, y hace que su ligereza nos parezca sensibilidad; sus pasiones, virtudes; su temeraria inmolación, martirio y sacrificio. Va á juzgar el lector.

«Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

«Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que sólo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo.»

Flores, en verdad, de exquisito aroma, son estas y las seis octavas siguientes, en que describe más todavía que la belleza plástica, la pureza del alma de la bellísima y discreta Diana. Al leerlas cualquiera las creería calcadas sobre algunas de Ariosto, si el autor (en el prólogo de la edición de 1892) no nos dijera expresamente que Bulwer Lytton y Shakespeare eran entonces sus autores favoritos y los que inspiraban sus versos.

Pero he aquí que, en la pacífica quinta de que era Diana deidad tutelar, se presenta inesperado un joven, sin posición social ni grandes esperanzas en el mundo, á quien recomienda un amigo de la familia. Diana, á pesar de su recato, y sin considerar que está ya prometida á otro personaje de gran representación, abre los oídos á las primeras palabras de amor que le dirije Carlos. Con la prontitud con que solían hacerlo las princesas de los libros de Caballería (que ridiculizó Cervantes en las aventuras de Maritornes) empiezan desde luego las citas á todas horas, las cartas de amor, las confidencias y las ternezas propias de los legendarios castillos encantados. Sobreviene el rival (Alvarez), que al verse desbancado, recurre á un ardid para vengarse de ambos, ó reconquistar la perdida prenda.

En un gran baile de máscaras que dió en su finca el padre de Diana, Carlos iba disfrazado de *Don Francisco de Quevedo*. Alvarez (á quien cierta donce-

lla se lo reveló de antemano) prepara un disfraz igual, que viste en el momento oportuno. Diana, engañada de esta suerte, lo sigue hasta apartado rincón del jardín, y da á Carlos motivo justísimo de celos. Este, sin oir disculpas ni escuchar razones, la increpa duramente, rompe la promesa de matrimonio que le ha dado y se retira de la quinta *hospite insalutato*. Los que tienen experiencia en achaques de teatro, saben cuán difíciles son estas escenas, que si no están admirablemente preparadas por el autor y hábilmente ejecutadas por los actores, degeneran en ridículas. Las dificultades se centuplican cuando se trata de una simple narración; y el escritor que consigue hacerla inteligible á sus lectores, y dar al mudo episodio vida y colorido, puede calificarse de poeta de primera fuerza. Esta calificación merece sin disputa Roa Bárcena.

De resultas de este lance carnavalesco, que nos parece demasiado cómico para un poema como el presente, Diana se vuelve loca. ¡Loca por un hombre de quien no era siquiera el primer amor, y que la olvida tan pronto por otra, así como por ella olvidó á la novia anterior! Los que, por la bellísima descripción del carácter físico y moral de la heroína, que vimos en la primera parte, hemos aprendido á admirarla y amarla, daríamos tesoros porque el autor no le quitara la razón. Pero si así fuera, nos veríamos privados de los bellísimos versos en que abunda la segunda parte, ya sea que hable de la loca, ya sea que describa el

retiro del antipático Carlos, convertido de repente en filósofo.

En la tercera parte encontramos á Diana curada de su locura, pero precipitada en otra locura mayor. ¡Es monja, y monja sin vocación!..... De este último aserto, son pruebas más que plenas los tres fragmentos del Album de Diana, durante su noviciado, que revela el autor, y de que copiaré uno que otro verso.

«¿De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de mi celda,
Por no decir á quien amo:
Aunque culpable aparezca
Ante tus ojos Diana
Por maquinación proterva,
De tu ardiente amor es digna
. . . . . .
«Y lo haré porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados
Su voz á mi oido llega.
. . . . . .
—Si, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.»
. . . . . .
Tú y yo en esa noche victimas
Fuimos de un odio bastardo;

Ofendióme tu sospecha,
Tus palabras destrozaron
Mi corazón; pero todo
Lo olvido, porque te amo:
Soy digna de que me llames
Tu esposa» . . . . . .
. . . . . .

No parecen estos sentimientos la preparación más á propósito para pronunciar votos irrevocables. Pero aun hay más. En los momentos en que ya todo está preparado para la solemne ceremonia de la profesión, Diana se ocupa en escribir á Carlos su última carta de despedida. . . . . ó de amor. Termina con una bellísima, pero sofística estancia, que no puedo menos que transcribir.

«¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
Al sitio ve donde dichoso fuiste,
Y allí consuela á mi familia triste
Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo
Guarda del corazón en lo profundo.
¡No volveré á mirarte acá en el mundo!
Carlos, adiós. Me llaman al altar.—
«No bien cerró esta carta, y se la entrega
Al mensajero, Diana se levanta,
Que hacia el altar á conducirla llega
La abadesa que al coro se adelanta.
Ella vacila; á caminar se niega
Por un momento trémula su planta;

Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
Vamos, Señora, á la abadesa dijo.»

«*Dile que soy feliz*» escribe Diana. El claustro puede ser refugio para el pecador arrepentido, es mansión de delicias para la virgen á quien Dios llama; pero no puede ser feliz quien, presa de un amor insensato, se inmola por un hombre que no merece ni una mirada de compasión. ¿Y cuál es la culpa que llora? ¿Es por ventura su falta de recato al acudir al llamamiento del falso *Don Francisco de Quevedo?*» No: es porque el amante favorecido en el baile no fué el *verdadero*, sino el fingido *Quevedo*. Si hubiera sido aquél nada le echaría en cara su conciencia. Si la locura de Diana nos afligió, este suicidio moral nos desespera. Se necesita la exuberante poesía y el estro soberano de Roa, para *idealizar* tan triste sacrificio.

Pero ¿existió Diana? ¿Amó el poeta á su creación ó á su modelo? Sus amigos de aquella época pronunciaban sin reparo el nombre y apellido de la heroína y Roa nos abre su corazón al empezar la tercera parte del poema.

«Otros dirán que existes, y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante ti me prosterno, y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino

Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

. . . . . .

«No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor á la leyenda mía,
Cual presta su belleza el azul manto
Del claro cielo á la *fontana fría.*
Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.
«Pero ¿amarte, Diana?. . . . . .
«¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores
Que para el pobre corazón desierto
De tu cantor, el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.

. . . . . .

«Cuéntales. . . . . .
«Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo á besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedíla
Su amor, cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal perfume.

. . . . . .

«Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura.
«¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado

Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reir no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca
¿No logrará desvanecer? — ¡Ay! ¡Nunca!!»

La leyenda que nos ocupa se escribió en 1851; y á pesar de este *nunca* tan enfático, en 1853 ya dirigía á la que más tarde fué su esposa, una poética *Declaración.* "No extrañes (le decía)

«No extrañes tú que quien contó sus años
Por la suma fatal de sinsabores,
Por más que haya escondido sus dolores
Bajo semblante plácido tal vez;
Al sentir en su pecho la semilla
De un *nuevo y delicado sentimiento,*
Lo oculte más y más con el intento
De que nadie lo llegue á conocer.

. . . . . .

«El es feliz: su grato sentimiento
¿No lo adivinas tú, querida Paz?»

Un año más tarde, en 1854, le enviaba la *Epístola Familiar* que empieza:

«¿Versos me pides, Paz? Hoy es tu día,
Tienes razón; no es justo que enmudezca.
El afecto y la sangre á ti me unen.»

En 1855, escribía para ella las ricas estancias *Cómo*